



Ser aceptados como lo fueron los pastores y los magos

por **Domingo Aguilera Pascual**



27 diciembre 2024 00:00



Privacidad



TAGS: Teología

En aquella primera Navidad aparecen unos **pastores** que fueron los primeros en adorar al Niño y unos **magos** que posteriormente también fueron a adorarle. Tanto los sin techo como los reyes se postran ante el Niño y le adoran, siendo el **adorar postrados** la postura más adecuada de la criatura ante el Creador. Todos ellos Le ofrecieron lo que tenían: los pastores, leche y algún cordero, los magos unos presentes de oro, incienso y mirra.

Los evangelios también nos narran que aquella noche hubo **cánticos de ángeles** en el cielo y que tanto los pastores como los magos se fueron llenos de alegría. Sus dones habían sido aceptados por **José y María**, que representaban al Rey de los judíos, entrando así, también ellos, a formar parte de ese suceso maravilloso de la **Redención**.

El filósofo **Leonardo Polo** afirma que lo más alto (o sublime) de la persona humana: [Privacidad](#)



preguntamos si este aceptar puede ser un camino de mejora para todo el mundo. Para que esto sea posible, la **santidad** debería ser asequible para todos, independientemente de sus circunstancias históricas, sociales, culturales, etc.

Aunque en épocas pretéritas la santidad ha estado ligada, mayoritariamente, a la perfección en determinados estados, principalmente el sacerdotal y el consagrado o religioso, si cambiamos el foco y miramos a los santos, tanto actuales como de los primeros siglos, lo que observamos es que en todos ellos se da la misma constante: **hicieron la voluntad de Dios por encima de sus propios proyectos y fueron aceptados por Dios** con las palabras “Bien, siervo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mt 25, 23).

La santidad, por lo tanto, no está en hacer muchas cosas sino en **contemplar a Dios en la tierra, escucharle y aceptarle**. Sólo contemplando a Dios en la tierra podemos tener ese **amor más fuerte que la muerte**, que nos permitirá alcanzar el **cielo**, como es el caso de aquellas personas que han sido proclamadas santos por la Iglesia. Claro que, sin esfuerzo, nuestra naturaleza nos lleva a pensar principalmente en nuestra felicidad terrenal, que siempre es “un tener”.

Para llegar al “ser”, para crecer como personas, tenemos que trascender nuestra propia tendencia al “tener”, para así comenzar a vivir fuera de las coordenadas espacio-tiempo, proceso que **no podemos culminar solos**. Y no lo podemos culminar solos porque **no lo podemos comenzar solos**.

Así como la existencia no la poseemos por nosotros mismos, nos la han dado **nuestros padres junto al Creador**, el camino que tenemos que recorrer en esta vida tamp



Polo, por otro lado, descubre, con la sola razón, que somos seres co-existentes y que, por lo tanto, sólo podemos alcanzar la plenitud con-otro, o lo que es lo mismo, que **radicalmente somos hijos**. Es decir, para ambos pensadores, la persona no puede ser sola. Así, desde esta concepción de la persona, el filósofo llega a escribir que “si Dios es Persona al menos tienen que ser dos” (*Epistemología, Creación y Divinidad*, pág. 315).

Es **Jesucristo** quien nos revela que **Dios son tres personas** y además nos dice sus nombres y sus relaciones. El **Hijo** procede eternamente del **Padre**, estableciendo una relación de filiación con Él y ambos establecen una relación de amor donal tan plena, que es una persona: el **Espíritu Santo** que procede del amor del Padre y del Hijo. Tres personas divinas y un solo Dios verdadero.

La Redención de la humanidad comienza cuando **el Hijo acepta** la voluntad de su Padre y asume la naturaleza humana para cargar con toda la culpa de toda la humanidad. Esta aceptación del Hijo reclama la **aceptación de una virgen** para que pueda asumir de ella la humanidad, lo que se hace realidad en **María** con ese “*Fiat*” que pronunció en Nazaret.

El Padre engendra al Hijo en la eternidad (**fuera** de las coordenadas espacio-tiempo) y María, junto con el Espíritu Santo, engendra a Jesucristo **en** el espacio-tiempo.



Este es, sin lugar a duda, el instante de máxima alegría del Padre, que da la Vida, y el instante de alegría máxima del Espíritu Santo y de María que nos dan a Jesucristo para que nos de la Vida. **Esa es la Navidad: la fiesta de la alegría divina.**

El camino del cristiano ha de transcurrir siempre en alegría, que es compatible con estados de ánimo infelices y con el sufrimiento, porque **la alegría es un don divino que nada ni nadie nos puede quitar en la tierra excepto el pecado**, que es romper la relación con nuestro Creador. Es más, el sufrimiento está muy cerca de la alegría cuando se comparte con nuestra “réplica”, porque entonces es un dolor cauterizante y no un fruto amargo del egoísmo.

El “truco” para conservar la alegría y ser feliz en la tierra está en **ser contemplativos como María**, que contempló durante todos los instantes de su vida a su Hijo. También está en **aceptar continuamente lo que Dios nos tiene preparado** a cada uno de nosotros y no en decirle a nuestro Padre lo que nos tiene que dar, porque nosotros queremos “tener” y Él lo que quiere es nuestra réplica: “Dame, hijo mío, tu corazón” (Prv 23,26).

Ese es camino del hombre en la tierra al ser aceptados por el Creador, un aceptar y un donar que culminan en un continuo contemplar y que resume muy bien aquella gran contemplativa que es **Santa Teresa de Jesús**: “Quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta”.